

parecía irse por las ramas; y más parecía irse por las ramas cuando, en verdad, su resistencia al instinto que lo empujaba a desvariar era mayor: por ejemplo, cuando el ámbito y enorme circuito en que se movían sus ilustraciones se desplazaba hacia las regiones más remotas antes de comenzar su gravitación y su regreso. Mucho antes de que este regreso se iniciara, la mayor parte de sus oyentes se había perdido, suponiendo, como es natural, que quien se había perdido era él. Estos oyentes seguían admirando la belleza aislada de sus pensamientos, pero no veían su relación con el tema principal. Si la conversación hubiera tenido lugar sobre el papel, habría sido fácil trazar la continuidad de sus vínculos; del mismo modo que en *Siris*<sup>\*</sup>, del obispo Berkeley, desde un pedestal tan bajo, abyecto y culinario como el agua alquitranada<sup>5</sup>, su método de preparación y sus efectos medicinales, la disertación asciende, como la escala de Jacob, por gradaciones razonables, al Cielo de Cielos y a los sitios de la Trinidad. Pero el Cielo se halla conectado en esas páginas por la cadena de oro homérica; y, pues es posible examinarla repetidamente, resulta fácil rastrear sus vínculos. Mientras que en la conversación la pérdida de una sola palabra puede hacer que la cohesión de la totalidad se desvanezca. No obstante, puedo afirmar, basándome en mi extenso e íntimo conocimiento de la mente de Coleridge, que la lógica más severa era tan inherente a sus modos de pensamiento como la gramática a su uso del idioma.

En esta ocasión concreta, el tema original, por mí iniciado, fue Hartley y su teoría<sup>6</sup>. Había traído conmigo, a modo de pequeño regalo a Coleridge, un breve panfleto en latín, *De Ideis*, escrito por Hartley hacia 1745, esto es, tres años antes de la publicación de su obra magna. Otro preludeo a esta gran obra se encontraba en un pequeño tratado médico dedicado al tratamiento de los cálculos de riñón ideado por Joanna Stephens; de hecho, Hartley fue la persona en cuya evidencia confió principalmente la Cámara de los Comunes antes de entregar a la mencionada Joanna una recompensa de

<sup>\*</sup> El título tendría que haber sido *Seiris*, una cadena; por culpa de este error ortográfico, fui incapaz en mi juventud de percibir o arrojar ninguna luz sobre su significado.

<sup>5</sup> El término inglés invocado por *De Quincey* es «*Tar Water*». Debo a Richard Swigg una elucidación exhaustiva de este misterioso remedio, compuesto por mitades de agua fría y alquitrán vegetal (wood tar). En el *New English Dictionary* de 1919 se le define, más concretamente, como «una infusión de alquitrán en agua fría, que llegó a tener reputación medicinal». Fue Berkeley quien, a mediados del siglo dieciocho, promovió las virtudes de la tar water con un panfleto titulado *Philosophical Reflexions and Inquiries Concerning the Virtues of Tar-Water*. Este brebaje fue utilizado como purgante hasta principios del siglo XX, cuando cayó en desuso, desautorizado por la medicina del momento.

<sup>6</sup> Se trata del filósofo David Hartley (1705-1757), cuyo tratado *Observations on Man* constituye el primer intento sistemático de aplicar la teoría de asociación de ideas al estudio fenomenológico de la mente.

cinco mil libras por sus ociosos remedios, una utilización no del todo errada del dinero público en la medida en que obligaba a hombres egoístas a cultivar el servicio público, tratando problemas de muy difícil solución; aunque, por lo demás, se tratara en este caso de una intervención perfectamente ociosa, como los gemidos de dolor de tres generaciones de hombres desde los tiempos de Joanna han probado sobradamente. Es bien sabido por los lectores cultos que Coleridge fue, en sus primeros años, un admirador tan apasionado de la filosofía de Hartley que Hartley fue el único nombre de pila que dio a su primer hijo; y, en un poema temprano, titulado «Meditaciones religiosas», ha caracterizado a Hartley como aquel,

El más sabio de los hombres, que vio la sucesión imitadora  
pasar en bellas olas al cerebro consciente.

Pero en aquel tiempo (agosto de 1807), nada quedaba de aquel entusiasmo. Tan hondamente avergonzado se hallaba Coleridge del unitarismo superficial de Hartley, y tanto le repugnaba pensar que en algún momento de su vida había favorecido tal credo, que apenas si se permitía otorgar a Hartley la reverencia que sin duda merece: pues debo sostener, dejando de lado la cuestión de hasta qué punto exageró la pertinencia de sus ideas (como si la ley de la asociación diera cuenta no sólo de nuestros complejos placeres y dolores sino que pudiera explicar, asimismo, la acción del raciocinio), dejando de lado el sustrato físico de mínimas vibraciones nerviosas con el que ha elegido desposar su teoría de la asociación: dejando esto de lado, como digo, debo sostener que su *Ensayo sobre el hombre, su constitución, sus deberes y sus expectativas* destaca de manera prominente, sobre la perfección de su habilidad *dialéctica*, como un espécimen casi único de teorización elaborada y un monumento de belleza absoluta. A este respecto, a mi juicio, tiene la belleza impoluta y las proporciones ideales de una estatua griega. Debo confesar, no obstante, que, habiendo yo creído con reverencia desde mis más tempranos años en la doctrina de la Trinidad, por la simple razón de que nunca he intentado congregarlo todo bajo el brazo del entendimiento mecánico, y porque, como sir Thomas Browne, mi mente casi exigía misterios al enfrentarse a un sistema de relaciones tan misterioso como el que nos conecta a otro mundo, y también porque cuanto más se abría mi entendimiento, mejor percibía las inciertas analogías que reforzaban mi credo; y porque la naturaleza misma, mera naturaleza física, tiene misterios no menos profundos; y porque la más simple doctrina del movimiento descansa sobre un hecho elemental, que toda la sabiduría de las escuelas no explicará jamás; y porque el vulgar enigma de Aquiles y la

tortuga nunca ha sido y nunca será aclarado\*<sup>6</sup>; y finalmente, porque había empezado a sospechar (sospecha que Coleridge más tarde convirtió en certeza) que la unidad exigida por el *soi-disant* unitario es una quimera y un disparate completo, al ser, en rigor, no una unidad, sino lo que los eruditos denominan *unicidad*; pues, según insisten, si no hay previamente una multitud (y por multitud entienden simple pluralidad) no puede haber unidad propiamente dicha; pues, de lo contrario, ¿dónde está la *unión*, dónde está el *To unitum*? Por estas y otras razones, no pude reconciliar, en tiempos, mi reverencia por Mr. Coleridge con el hecho (a menudo mencionado en mi presencia) de que fuera un unitarista. ¡Un unitarista, exclamaba, y un filósofo! Y, por si fuera poco, el más profundo de los filósofos, y uno destinado a sondear las profundidades intelectuales y las hondas simas vedadas a los demás hijos de los hombres. Sin embargo, algunos nativos de Bristol me dijeron: no sólo es un unitarista, sino que es un seguidor de Sozzini<sup>7</sup>. En ese caso, repliqué, no puedo aceptar que sea cristiano. Soy un hombre tolerante y no albergo sentimiento alguno de hostilidad o prejuicio hacia los seguidores de Sozzini; pero no puedo pensar que alguien que ha barrido de su esquema los poderes en los cuales se sostienen los grandes oficios y funciones del cristianismo sea un cristiano: del mismo modo que no creo que ningún hombre, por muy inteligente que llegue a ser como disputador, pueda convertirse en un gran filósofo, a menos que se enfrente antes o después al hecho del cristianismo. Kant es una excepción dudosa. No pretendo, ni mucho menos, cuestionar sus augustas pretensiones, en la medida y en el sentido en que sus escritos las encarnan. Dentro de su propio círculo ninguno salvo él se atrevió a pisar ciertos caminos. Pero ese círculo es limitado. Uno que lo juzgó bien llegó a llamarlo el *Alles-zermalmender*, Kant el destrozamundos. Podía destruir: su intelecto era esencialmente destructor. Era el Gog y el Magog de la devastación hunica de los esquemas filosóficos existentes. Los sondeó: mostró la vanidad de vanidades que asediaba sus cimientos, la podredumbre que los sustentaba y el vacío que los coro-

\* Cuando digo no aclarado, quiero decir que sigue siendo un misterio. Por otro lado, de una forma que, si bien no elimina el misterio, sí lo despoja de contradicciones, fue solventado a mi plena satisfacción por Coleridge, creo que por escrito, pero en cualquier caso de viva voz. Yo le había comentado que el «sofisma», como se le llama normalmente, aunque se le debería llamar la dificultad, de Aquiles y la tortuga, que había dejado perplejos a todos los sabios de Grecia, no era sino otro aspecto de la perplejidad que exhiben las fracciones decimales: que, por ejemplo, si expresamos  $\frac{2}{3}$  en forma decimal, tenemos una cifra interminable: 0.666666, etc., ad infinitum. «Sí», replicó Coleridge; «el absurdo aparente del problema griego emerge de esta manera, pues asume la infinita divisibilidad del espacio, pero deja fuera de la ecuación la correspondiente infinitud del tiempo». Hubo un resplandor que iluminó una oscuridad que había existido durante veintitrés siglos.

<sup>7</sup> Referente a Fausto Paolo Sozzini (1539-1604), teólogo que negó la divinidad de Cristo.

naba. Pero su intelecto apolíneo no albergaba ningún instinto de creación o restauración; pues carecía de amor, de fe, de desconfianza de sí mismo, de humildad, de docilidad infantil; cualidades todas ellas que eran propias de la mente de Coleridge, y esperaban tan sólo que la edad adulta y la aflicción las sacaran a la luz.

Quien puede leer sin indignarse lo que se afirma de Kant, que a su mesa, cuando reinaba la franqueza social y la conversación informal, digan lo que digan sus libros, se alborozaba con la idea de una aniquilación absoluta y definitiva; que plantó su gloria en la tumba y que ambicionaba pudrirse eternamente. El rey prusiano, con ser amigo personal de Kant, se vio obligado a dirigir sus iras estatales hacia algunas de sus doctrinas, atemorizándolo en su avance; de otro modo, estoy convencido de que Kant habría respaldado el ateísmo desde su púlpito de catedrático, y habría entronizado en la universidad de Königsberg el espantoso credo que profesaba en la intimidad. Fue necesaria la artillería de un gran rey para que se detuviera. El hecho es que, del mismo modo que sabemos que el estómago, por medio de sus jugos naturales, ataca no sólo a cualquier cuerpo extraño que tiene a bien adentrarse en él, sino también (como mostró antes que nadie John Hunter<sup>8</sup>) a sí mismo y a su propia estructura orgánica, del mismo modo, ya digo, y con la misma inexplicable extensión del instinto, Kant llevó a cabo sus funciones destructoras, hasta dirigir las hacia sus propias esperanzas y las prendas de su propia superioridad sobre el perro, el simio, el gusano. Pero *exoriare aliquis*, y algún filósofo, convencido estoy de ello, surgirá en el futuro; y «una honda pendiente de un brazo victorioso» (*Paraíso perdido*, libro X) destruirá al destructor, en la medida en que se ha dedicado a la destrucción de la esperanza cristiana. Pues mi fe postula que, aunque un gran hombre pueda ser, dadas ciertas circunstancias extrañas, un infiel, un intelecto de orden supremo debe construir partiendo del cimiento del cristianismo. Un arquitecto muy astuto puede mostrar deliberadamente su poder utilizando materiales insuficientes, pero el arquitecto supremo requiere los mejores materiales; pues la perfección de las formas no puede sino mostrarse en la perfección de la materia.

Sobre la base de estos razonamientos me tomé la libertad de responder una y otra vez a estas descripciones de Coleridge con dudas; y hallé en la ocasión de mi encuentro que repudiaba de la manera más solemne (me tienta añadir que contrito) cuanto hubieran podido tener de cierto aquellas descripciones. Coleridge me contó que abjurar de su unitarismo no le había supuesto ningún instante de duda, pero sí un esfuerzo doloroso, a conse-

<sup>8</sup> *John Hunter (1728-93), cirujano y fisiólogo, pionero en técnicas de cirugía y anatomía comparada.*